

ción poética, hoy exteriorizan jubiloso entusiasmo ante estas publicaciones.

¿Se populariza el arte de Ribera Chevremont? ¿Toma nuevamente los derroteros de la anteguerra? ¿Rinde el poeta sus erguidas flámulas de avance ante el grito plural de la democracia lectora?

Entedemos que la publicación de estos libros no constituye una victoria para las derechas del verso. Se trata de una creación marginal, no de un canto de palinodia. El poeta ha abierto un paréntesis en su obra de fuerte cerebración y de renovado decir para obsequiar a la burguesía literaria con este lindo libro de versos: *Los Almendros del Paseo de Covadonga*—todo ingenuidad, todo emoción—y este otro de más discutible empeño lírico: *La Hora del Orifice*.

Anotamos la superioridad de *Los Almendros* sobre *La Hora del Orifice*. El primero es un libro, en la dignidad integral del vocablo; el segundo, una compilación de poemas. Es erróneo llamar libro a cualquiera publicación sin considerar el espíritu que la informa y la esencia total de su contenido. Hay ocasiones en que un centenar de poemas no forma un libro, en su cabal sentido de unidad espiritual. A veces, veinte poemas lo definen maravillosamente. El número de poemas es un dato sin importancia. Sólo cuenta el espíritu, la calidad de la inspiración, el tono lírico prevaleciente, la uniformidad del enfoque temático. Un libro responde a un estado de alma.

Así ocurre en *Los Almendros*. La exaltación ingenua de la infancia asoma en el poema inicial y perdura a través de la obra con ritmo vario y emoción pareja. *La Hora del Orifice*, por el contrario, es hija de ánimos dispares. Entre sus poemas no existe parentesco espiritual. Sólo les aproxima la semejanza formal: el libro consta de cincuenta sonetos de corte clásico. Corroboramos nuestra opinión la circunstancia de aparecer en la obra, junto a poesías de reciente concepción, algunas escritas en los años mozos del poeta—tal *Don Quijote*, publicada originalmente en *Desfile Romántico*.

En *Los Almendros* — libros de añoranzas infantiles—lógico resulta que la evocación ocupe destacada preeminencia entre los estímulos generadores del contagio lírico. Subraya, en verdad, una evocación sin complejidades literarias, sin sesgos eruditos; evocación transparente, directa, vivificadora de las realidades emotivas de la infancia. El niño se hace hombre y, ante la dureza

**DR. HERDOCIA**  
Enfermedades de los ojos,  
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana  
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

del nuevo vivir, deleita su espíritu recorriendo el mundo de sueños de su primera edad. Aquellos árboles del Paseo de Covadonga que "miraron los juegos ingenuos de la infancia—ayer hermanos en travesuras—son hoy más hermanos en desazón y lágrimas". Viene a la memoria del poeta "Una larga fiesta de júbilo que se vuelve tristeza". Aquella noble rama que cubría el techo de la casa donde él y sus hermanos "cantaron la canción que nunca más se canta", ya es una vieja rama sin flor. La muerte vino a ver una mañana a la abuelita que, con mimo, suavizaba sus bucles. Añora las viejecitas del asilo—"que tantas cosas han visto desde el tiempo español, cuando había más alma y más corazón". Y luego... la vieja casa solariega; la hermana de los anchos rizos de oro; la plazoleta donde las niñas cantaban bellos romances en el atardecer; el aljibe "de aquel tiempo quieto, sin afanes, sin voces, sin angustias" y aquellos tipos prestigiados de leyenda: el barquillero y el amolador... Así continúa el viaje sentimental del poeta por los rincones emocionados de la niñez.

La diafanidad del estilo, la sencillez conceptual y el delicioso caudal emotivo de estos poemitas, imprimen a *Los Almendros del Paseo de Covadonga* méritos definidos.

**Pajarera**

En *Pajarera* logra Ribera Chevremont una elevación no alcanzada en sus libros anteriores. Comienza a madurar el fruto de la nueva estética. Gana el verso en hondura. La emoción hierre cuerdas más sensibles. Un suave misticismo panteísta dota las palabras de inusitada gracia. Penetrante ensayo de poesía metafísica, cruza

las páginas del libro una tibia ráfaga de amor sublimado en goces suprasensibles. La nota pagana surca, a trechos, la serena floración de símbolos.

*Transparencia* — el poema inicial — tiene una cristalina dulcedumbre franciscana.

*De sangre toda espíritu es mi fuente  
y sombra de demonio no la empaña.  
Venga el que tenga el cántaro.  
¡Es para los sedientos este río!*

En *Vaso interior* y *Formas errátiles* la metáfora adquiere un hondo simbolismo expresional. *Somos dos silencios* es uno de sus mejores poemas: penetrante la imagen, bello el decir, musicalizado el ritmo, plenamente lograda la emoción:

*Somos dos silencios  
en un solo espíritu;  
somos dos silencios  
que trenzan sus ritmos.  
Estás en mi sombra  
dentro de mí mismo,  
y eres en mi sombra  
profundo latido.  
Puedes tú ser pájaro  
porque yo soy nido.*

El amor, que pone su pátina de luz en los poemas más hondos del libro, no es amor de bastas sensualidades ni de vuelos a flor de carne. Es amor de exquisiteces quintaesenciadas en filtros de alto lirismo: bella sombra de mujer amada que ha perdido valencias físicas para cobrar sentido espiritual y proyectar su gracia animadora en los símbolos poemáticos. Radiosa, ebria de esencias metafísicas, ella alienta en *Sol y pájaro*, *Llama recóndita*, *Manos antiguas*, *Tu barro*. *Canción de primavera*.

*Minuto*—de profunda ideación y diáfana palabra—traduce una alta inquietud del poeta:

*Yo quiero un dulce tránsito,  
no quiero eternidad.  
Yo quiero este minuto,  
humilde tren de paz,  
esencia de la Vida,  
que es la ciencia cordial....  
Yo quiero este minuto,  
gránulo sideral,  
que cae en mi silencio  
lleno de tu verdad.  
Yo quiero un dulce tránsito,  
No quiero eternidad.*

Ribera Chevremont, que en *Los Almendros del Paseo de Covadonga* cantó al árbol con voces de tan íntima emoción, incluye en *Pajarera* un poema de exquisita ternura — *Crimen* — lamentando la muerte de un árbol que alguien ha dejado tendido al borde del sendero. En el poema se confunden gritos de protesta y acentos de elegía:

*Encarcelad al que ha cortado el árbol.  
El árbol tiene alma  
y es un ser casi humano.  
Yo lo he visto reir en primavera  
con su carga de ramos  
y teñirse de oro y rosa  
y ser cosa de fiesta para el pájaro.*

Recuerda haberle visto inclinarse "para servir de apovo a un árbol flácido" y luego levantar al cielo, lleno de humildad y gracia, "las manos que buscan luz y huyen del barro". Evoca la tarde de verano en que sus ramas dieron albergue propicio al amor:

*se unieron nuestras bocas, y sentimos  
cómo tremaba de contento el árbol...*

**JOHN M. KEITH & Co., Inc.**

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

**Cajas Registradoras "National"**

The National Cash Register Co.

**Máquinas de Contabilidad "Burroughs"**

Burroughs Adding Machine Co.

**Máquinas de Escribir "Royal"**

Royal Typewriter Co., Inc.

**Muebles de Acero y Equipo para Oficinas**

Globe Wernicke Co.

**Implementos de Goma**

United States Rubber Co.

**Maquinaria en General**

James M. Montley, New York

**JOHN M. KEITH**  
Socio Gerente

**RAMÓN RAMÍREZ A.**  
Socio Gerente